

FUE CRUCIFICADO PARA REDIMIRNOS

El Calvario

Se detiene el cortejo; el ser humano ha suministrado su último esfuerzo; con entregarse en manos de los soldados, la Redención será un hecho.

Al acercarse a los excesivos tormentos, frío sudor baña sus sienes y doblado por la espantosa visión, se desploma sobre la roca.

Esta vez los latigazos fluyen, inútiles; la ferocidad de los verdugos se ensaña en vano contra una masa inerte; allí está, sobre un costado, pobre cordero vencido, que, no pudiendo defenderse de las garras del lobo, se abandona, cierra los ojos y muere.

Y, sin embargo, él no debe morir; el rescate de la falta no ha sido aún saldado por completo; es preciso que el Espíritu de Dios sopla aún sobre el cadáver.

Hasta los mismos verdugos vislumbran la muerte de su víctima; van a verse privados del bestial júbilo de clavar la carne aun viva. Le descargan de la cruz y le ayudan a levantarse; él no resiste; no es rebeldía lo que le soldaba al suelo, sino la impotencia; sus ojos han conservado la dulzura acariciadora y la llama que se enciende en el hogar de los esplendores divinos.

Ya no es hora de lojanos ensueños; una voz insolente chillaba a sus oídos.

—¡Confesáte!

Es la costumbre; a diez codos del lugar del suplicio, el condenado debe exclamar:

—¡Que mi muerte sea la expiación de mis pecados!

Todo suplicado que se confiesa tendrá su parte en la vida futura.

Jesús alza los ojos al cielo y calla.

Las manos de los mercenarios manecían con su contacto, inmundando el cuerpo de Cristo; es preciso que el Hijo del hombre no guarde de su paso por la tierra ni un solo vestigio, dueño del mundo, desnudo al mundo vino y desnudo vuelve a la eternidad. Y, entonces, un desgarramiento de la carne, no cicatrizable aún, se confunde con el de sus vestiduras incrustadas en los vivientes hirones.

Cierra los ojos, al sentir que la sangre brota de sus llagas tibias, titubea, juguetea imbecil entre las manos de los verdugos. Heddo ahí extendido por tierra ante la canalla que ruge.

Así permanece un momento, carne sangrienta, horrible visión la pesada cruz penetra en la carne del hombre, cuyos huesos se ven; en todo el cuerpo largos surcos negruzcos destacan de las manchas viscosas; por la barba escurre hasta el pecho baba sanguinolenta; está como uno de esos gusanos seccionados que se aplastan por piedad.

Algunas mujeres se acercan, judías de noble condición que vienen, según la costumbre, a ofrecer a los condenados la bebida embriagadora preparada por ellas; Jesús moja sus labios y vuelve la cabeza. Un puñetazo lo arroja sobre la cruz.

Parece que la sacudida le hace recobrar el conocimiento; dócil, se acuesta sobre la madera, uno los pies, extiende los brazos y se abandona enteramente, la cabeza insensiblemente inclinada hacia atrás, como para ocultarse los preparativos del suplicio o para hacerse fuerte ante la inevitable tortura; sin la calma sorprendente de la mirada, se le creía muerto.

Algo de vida recorre todavía por sus entrañas; un soldado se sienta pesadamente encima de sus piernas. ¿Para qué? ¿Acaso podía ya resistir aquel pedazo de carne jadeante que apenas se estremeció en el horror del martirio?

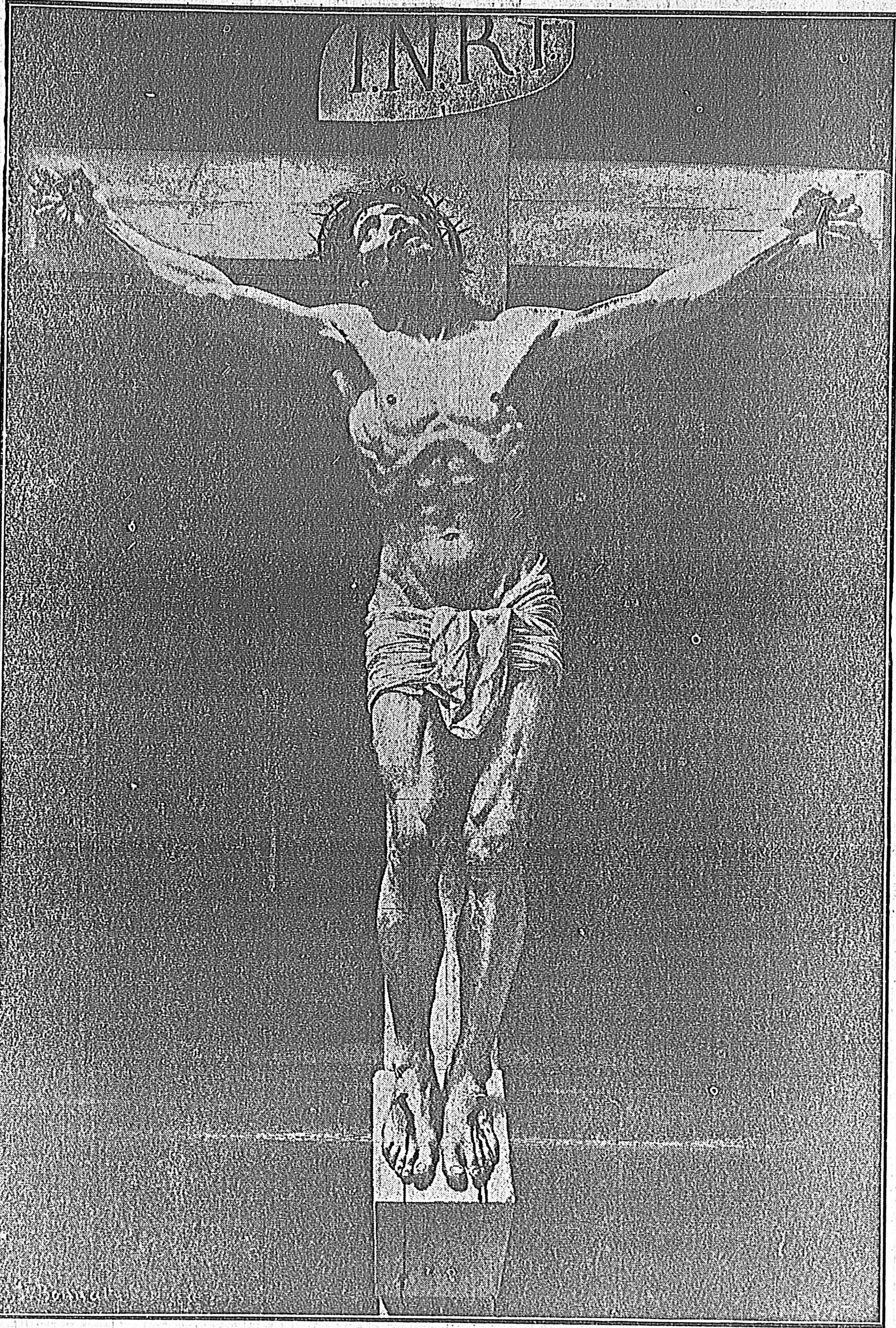
Un verdugo coge el brazo derecho y, en el puño donde los huesos son fuertes y sólido el músculo, hunde un clavo, uno de esos enormes clavos de cuatro pulgadas de los que se sirven los carpinteros para unir las espesas vigas.

Un martillazo vacillante, luego varios, sordos, con más firmeza; la carne se rompe bajo la punta, se separa. Y el hueso, rugoso, resbala por la fuerza en la materia viva y atraviesa de parte a parte el miembro crispado; todavía más martillazos, secos pero honorarios, en la madera; se ha terminado; el verdugo se apodera del otro brazo.

Cada trozo de carne tiene señalado su sitio; es preciso que la víctima se adapte al instrumento, que no haga más que un todo con el árbol y que la sangre circule por los vasos vacuados de savia.

Continúa la horrenda crucifixión; los martillazos resuenan débiles; la tensión de los brazos atrae todo el cuerpo hacia la parte superior de la cruz; los verdugos aplican la planta de los pies a la madera y, uno tras otro, son clavados al árbol; por todo él corre la sangre y las noreas que revolotean en su derredor enviven las llamas; las venas se hinchan, la sangre se congestiona en la cabeza, en el corazón, en los pulmones; el pecho se dilata, ávido de prescra y de aliro; el cuerpo entero se infla y se retuerce; luego la convulsión se eleva, vuelve a descender, bajo la cintura, dobla las rodillas para llegar a los pies, cuyos dedos crispados raspan la madera.

Muy cerca, existe un agujero en la roca; los verdugos levantan la cruz, la acercan al agujero y el peso se introduce, mientras que un estremecimiento agita el pobre cuerpo que colga, está en el árbol manchado. La sacudida ha dislocado los miembros; bajo el hueco rojizo, los



El Calvario

muslos azules salen hacia adelante, ya frías. Permanecen los ojos, semicerrados, aturridos, sin el movimiento que el latido del pecho, que se hincha y se vacía con rechinar de los sopillos roto.

Un murmullo se eleva de la plebe; murmullo de triunfo entre los vencidos, murmullo de piedad en algunos... Corta piedad más largo en el largo bosque de cruces!

Solamente entonces el Crucificado baja lentamente la cabeza; con una mirada abarca el horizonte, el mundo que se extiende hasta donde el ojo no puede alcanzar, detrás de los montes de Efraim y del Mar Grande; delante de él, en torno de él, ve los pueblos que constituyen su alma con impuras delicias; los bárbaros, que vierten sobre la piedra sagrada la sangre de las víctimas humanas; la Palestina romana, que canta en el templo el himno de los Césares divinizados; Grecia burlesca, que no cree más en los dioses; Babilonia, lascivamente echada en el suelo oriental; la Palestina de oro, en la que el cielo amaba habitar a la tierra; la Ciudad Santa con su Templo y su altar, en donde tantos recuerdos piadosos han sido hallados la noche del Cautiverio; alma de David, alma de Salomón, almas de los Jueces y de los Reyes, almas de los Sacerdotes y de los Profetas, alma de Moisés, que trajo del Sinai un poco del alma del mismo Dios: todo ese vive y habla, todo cuenta la Alianza del Pueblo con Elohín y cada piedra del Templo, es Israel entero quien canta la canción de los Padres.

Más cerca, que no sabe, que aclamaba la víspera y que mira, esperando tal vez un milagro que no está ya en los planes de Dios.

Más cerca todavía... Y por la faz descompuesta pasa una expresión nueva, mezcla indescribible de dolor sin igual y de gozo no se que júbilo extraño; Myriam está allí...

En la misma hora acaban de sonar en el reconocimiento del Templo los tres toques solemnes de los trompetas sacerdotales: uno seco, otro modulado, también seco el tercero; la deglución ha comenzado; la sangre circula ya por las pieles estropeadas; los condones de la Pascua, desmenuzados y sangrientos, se cuentan por millares en los garfios de los portillos y la oración del Perdón se eleva, sube, tumultuosa, para asaltar el cielo.

Israel, pon tu confianza en Elohín. Es tu socorro y tu escudo. El bendecirá la casa de Jacob. El bendecirá la casa de Aarón. El bendecirá a los que le temen. ¡Pequeños y grandes!

Pero el cielo permanece sordo; del horizonte sube extraña noche; y, en el Calvario, delante de la cruz en la que la Victoria está clavada, despojada y sangrienta, más de un entre los antiguos discípulos del Bautista podrá acordarse del oráculo del Jordán:

—¡He aquí el Cordero de Dios!

Su faena terminada, los verdugos se reparten los vestidos del suplicado; el manto, las sandalias, el cinturón, el velo y el cordón; la túnica no tenía costura, la sortean; así se cumple la Escritura: Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica.

Jesús les mira y les ama; cuanto mayor es y más eguido el sufrimiento, más se siente hermano de las almas que lo rechazan; se encuentra en cada una de ellas, chispa del Verbo de Dios; en cada una de ellas se ama él con amor divino.

En él se resume el pasado, el presente, el porvenir, todas las alegrías todas las tristezas, todas las esperanzas de la humanidad. Es el Hombre. Y esta malicia del Hombre que lo mata no es nada al lado de esa virtud del Hombre que sufre y ora en él.

Puede morir; no es más que el primer nacido del Altísimo; por su muerte, vivirán las multitudes nacidas de Dios. ¡Qué importan las torturas! Tiene sed de padecer más; suplaca a su padre que aumenta el peso que le abruma; pero que sus verdugos se arrojen ante la augusta mano que le castiga, que crea en la sangre, que adoren a Dios, el amor... ¡Qué importa el dolor y qué la muerte!

—Padre, ¡Perdónalos, que no saben lo que hacen!

Los soldados, sentados en el suelo, bien, bien, juegan a los dados. Los Anfitriones, los príncipes del Pueblo, los ministros del Templo tienen los ojos clavados en la cruz; el peor pasado de Israel revive en esos ojos; la rabia sádica, esa violencia oriental en el deseo, que no ha podido refrenar la vengativa de Moisés y contra la que se han estrellado los Profetas; allí están austeros fariseos que llevan la Ley enrollada en su filacteria, aducen que no creen en la inmortalidad; enemigos de ayer y de mañana, por vez primera unidos en la oscuridad del triunfo, llevan al pie de la cruz los mismos recuerdos tenaces, los mismos odios ancestrales, para vomitarlos a la faz del último de los Profetas; y en un ciego furor, es todo el Israel idólatra quien se cega.

Sin embargo, a cada lado del Cristo se han alzado otras cruces; los dos banditos expían el

(Continúa en la pág. 12)

"Yo, el Señor Dios vuestro, mando"

Estamos en Semana Santa. Son días de luto; pero no de un luto que trae muerte al corazón, sino vida poderosa extraída del llanto de la humanidad.

Son días de la vida dolorosa, de la terrible muerte y de la gloriosa resurrección.

El hijo resucitado de Dios que se hace hijo humano y resplandece para que todo el barro humano, se haga resplandeciente.

Nuestros pecados estaban como la grana; pero si queremos — nos lo dice el Profeta Isaías — quedarán blancos como la nieve. Nuestros pecados eran rojos como el carmesí; pero si queremos — nos lo señala el mismo Profeta — como lana blanca quedarán.

Estábamos empobrecidos y en sombríos en el interior del alma; y el padeció hasta darnos el diamante fué gente que todo lo inundó de luz.

Dolor de él y nuestro que no es tanto castigo como poder de resurrección; y por eso gloria final.

Semana Santa de todos los años en que el cristiano debe aprender algo grande para la vida y para la muerte.

Para que se aprenda el íntimo sentido de este sacrificio, se lee en estos días litúrgicos la lectura del libro del Levítico.

Para que cada uno aprenda y para que cada uno viva.

«Hablo al Señor a Moisés: «Habla a todos los hijos de Israel y díles: Yo, el Señor Dios vuestro, mando: No cometeréis

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

causa. No busquéis la venganza manciada; el engañador invade la limpieza de la hermandad. No calumniar al prójimo ni oprimirle con violencia. La calumnia y la opresión simbran indignaciones. El que calumnia salta por encima del respeto que debe a la debilidad. No maldice al prójimo, sino que temeréis al Señor. Vuestro Dios, porque Yo soy el Señor. No haréis lo que es injusto, ni juzgaréis injustamente. No menospreciéis a la persona del pobre, ni temáis a la persona del poderoso. Juzgad al prójimo según justicia. No seáis calumniadores ni chismoseros en el pueblo. No desatéis la sangre de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No aborrecáis a vuestros hermanos en vuestro corazón, mas reparedes públicamente para que no pequen por vuestra

que sembrar el desorden creando las causas de todos los desastres. El medio de Dios es la paz, es la convicción, es la conversión, es el justo endiosamiento en el amor. Basta y sobra esta enseñanza en el amor y en el santo temor de Dios, para hacer de cada hombre un gigante espiritual, con todas las fuerzas humanas a su disposición para emprender obras colosales y entre todas ellas, la obra colosal de una restauración según el Evangelio.

Han pasado muchos siglos, mil vez de más, desde que el mensaje fué dicho. El mundo no se ha transformado porque no se ha querido vivir según estas leyes, porque cada uno, y aún las que predicaban la fe, no se han hecho sacrificio y luz de esta enseñanza.

Pero es tiempo de cosechar según la siembra interior de Dios.

Cada uno tiene un huerto cerrado y sellado que puede cultivar para legítimo deleite de todos y para su goce legítimo.

Los que lo abandonan — lo ha dicho la voz tremante de Jeremías — «serán confundidos» y los que de él se alejen «en el polvo de la tierra serán escritos, porque abandonaron al Señor, manantial de aguas vivas».

Que desatéis a la elección de nuestra libertad. Y de destinos fijos con nuestros nombres, que pueden ser escritos en el cielo o en el polvo; que pueden ser proclamados o confundidos.

Si cada uno hace una ley de esta ley; si cada uno hace su fuerza de esta fuerza y su apostolado de estas verdades elementales para toda sociabilidad, no será vana nuestra fe ni la confesión de Dios hecha en palabras ardientes.

Más que la fe proclamada y que la confesión lanzada al viento, valen estas realidades vividas con nuestros hermanos, con nuestros amigos y nuestros enemigos.

El mundo se hasta de las ideologías terrenas, de las misticas terrenas y de los arrebatos terrenos.

Pero estas palabras, esta enseñanza, esta conducta, no pasan jamás, ni pasarán jamás, porque no son polvo al viento sino, inmanente, de aguas vivas, aguas simples y claras, las mismas de siempre, pero con un poder eterno para calmar aquella sed que nada puede saciar...

EL BIEN PUBLICO

"NUESTRA VICTORIA ES NUESTRA FE" (II. Juan 5, 4)

DIRECTOR: DOCTOR TOMÁS G. BRENA
REDACTOR RESPONSABLE: MARIO M. VILLAGRAN
Cuartel, 2161 (Apto. 4.º)
CIUDADELA, 1469 Montevideo
Teléfono: Administración 8008
Redacción 8295

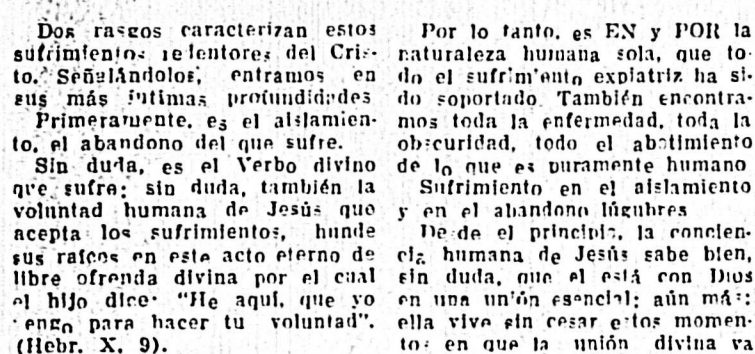
Horario de Administración: De 9 a 12 horas
De 14 a 19 "

AÑO LXI, — Núm. 18.763 — Montevideo, Jueves 6 de Abril de 1939

[illegible]

Sección Polvo de Leche, teléfono: 44-37-1.

V. Abril 8. CORDON VILLA MUÑOZ EMPIRE. — 1.a Labios caídos
PARIS. — Mat. 1.a Cómica. 2.a ROSE MARIE. — Mat. 1.a Pequeña. 2.a La Pasión.



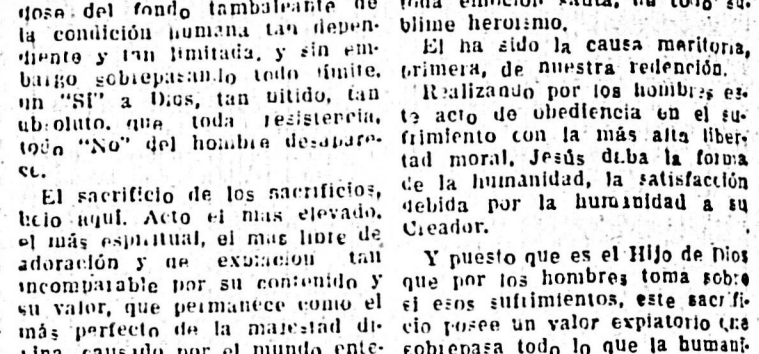
grito de dolor que se escapa de sus labios es una plegaria tomada precisamente de este Salmo que anuncia la Parón del Mesías futuro (Salmo XXI, 2). Pero Jesús al proferir este grito como

enviado de seguida más de doce legiones de ángeles. (Mateo XXVI 53).

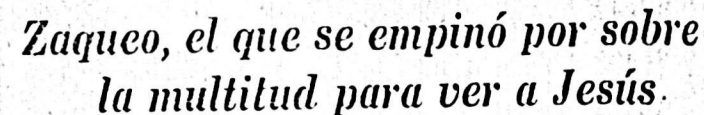
Pero, ¿cómo, entonces, se cumplirían las Escrituras, según las cuales todo debía pasar de esa

Cómo bestias feroces, las fuerzas de la tierra desgarran su cuerpo; el temor y la angustia penetran en las esferas sensibles.

Es, por lo tanto, una voluntad que surge de la naturaleza humana.



Especial para EL BIEN PUBLICO.



catados por el que vino a buscar y salvar lo que estaba perdido. ¿Qué significan, pues, estas palabras del Salvador: "Te vi cuando estabas debajo de la higuera, siro: de ningún modo habías venido al que te libra del pecado, si antes

Luis Bausero.

minada, volaba gritando "el Señor ha resucitado!" por ella conocía el milagro de volver a vivir. María Magdalena está más cerca de nosotros en su privación ridia; María Magdalena nos recuerda al pintaro rebosante de perfumes expresando el momento que debíamos los adúlteros; y nos vendrá venir con el alba cargada de nuestra sombra interior para gritarnos desde lejos, temblando de regocijo: "Alegrate, que el Señor ha resucitado!"

Mantolera es el símbolo de los que lloran hasta el alma la maldad de sus culpas.

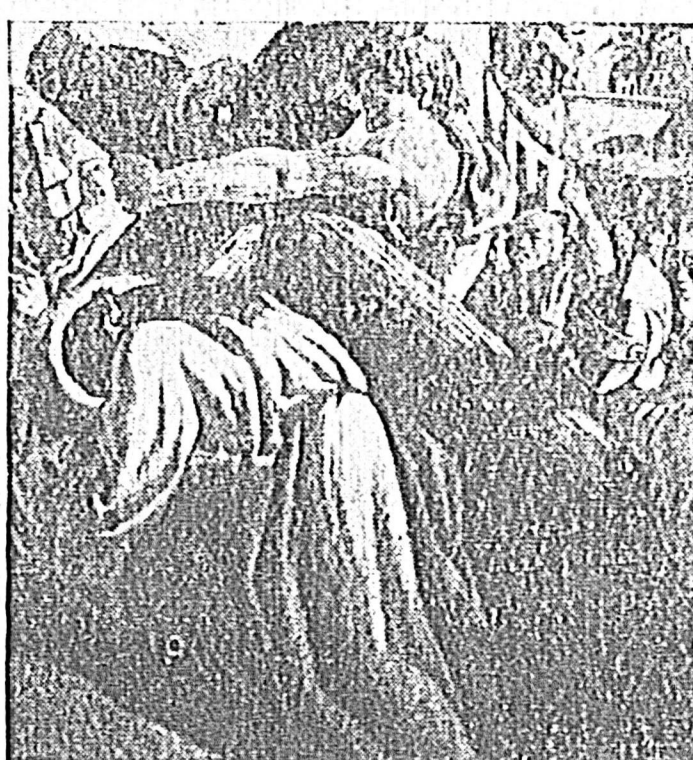
Pero sabemos de María Magdalena, la religiosa pecadora que vivió con su conducta el escándalo de sus contemporáneos. Pero sabemos de esta otra Magdalena que nació su belleza, abolió el fastidio, humilló sus lujos como los de las prostitutas y se convirtió en una santa. María Magdalena, la religiosa, el vaso de alabastro lleno de perfumes y el sustituto de Moisés por el cordero que bien de haberla profanando.

Sabemos de esta otra Magdalena, la que se convirtió de su vicio, cuando ella el hombre, la cecia la tumba del maestro, la tumba que ya no podría escandalizar a Judas, y sabemos que entonces se hubiera podido reconocer a María Magdalena, la que se convirtió, que ella una extraña curiosa dolosa, ocultos sus cellos a las miradas de los hombres, llevaba en sus ojos que tanta habrían florecido, la secreta manifestación de los cellos ocultos.

Y María Magdalena, no extraña nunca tan cerca de Dios como aquella tarde, ni aún cuando, ilu-

Y Jesús habla a los discípulos
y ellos le contestan pero siguen
sin conocerle

V. A. Rocca.



Esther de Cáceres.

Eugenio D'ORS